



EDITORIAL

La vida que persiste en el altiplano

En el Altiplano la vida nunca ha sido sencilla. Sin embargo, hay comunidades que han logrado mantenerse por generaciones gracias a una relación profunda con el territorio. Ahí, la crianza de llamas y alpacas no es solo una actividad económica: es parte de una forma de vivir que ha resistido el paso del tiempo.

El reconocimiento oficial del 9 de mayo como el Día Nacional de la Ganadería Camélida vuelve a poner atención sobre una tradición que por siglos han sostenido pueblos como el Aymara, el Quechua y otras comunidades andinas del norte del país.

Hablar de ganadería camélida es hablar también de cultura, de memoria y de pertenencia. De esa actividad nacen textiles, alimentos y oficios que siguen teniendo un valor importante para muchas familias del interior. Pero además existe algo menos visible: una

manera de relacionarse con el entorno que hoy cobra sentido frente a debates que parecen mucho más recientes, como la sostenibilidad o el cuidado ambiental.



Hablar de ganadería camélida es hablar también de cultura, de memoria y de pertenencia”.

Mientras gran parte del mundo busca fórmulas para convivir de mejor manera con ecosistemas frágiles, en el altiplano hay prácticas que llevan siglos funcionando bajo esa lógica. No desde la teoría, sino desde la experiencia cotidiana.

Pero esa riqueza cultu-

ral convive con una realidad difícil. Muchas de estas comunidades enfrentan aislamiento, falta de oportunidades y un progresivo despoblamiento. Durante años, buena parte de las nuevas generaciones vio en las ciudades la única posibilidad de construir un futuro, dejando atrás pueblos que lentamente comenzaron a vaciarse.

Por eso resulta significativo que hoy algunos jóvenes estén optando por volver. No solo para continuar una actividad tradicional, sino también para recuperar un vínculo con su origen y proyectarlo de otra manera.

Reconocer el valor de la ganadería camélida no resolverá automáticamente los problemas que enfrentan las comunidades andinas. Pero sí ayuda a poner en perspectiva algo importante: que detrás de esa actividad hay conocimiento, historia y una forma de entender el territorio que todavía tiene mucho que aportar.